

La Globalización del Terrorismo

JORGE RAMÍREZ CARO¹

Resumen

El presente es un análisis de las implicaciones sociales e ideológicas derivadas de la cobertura y del despliegue noticioso sobre el atentado a los símbolos del poder político y económico en Estados Unidos el pasado 11 de setiembre.

*A través de una lectura crítica de los medios masivos, se busca poner en evidencia los mecanismos recurrentes en los que cae la prensa de Occidente para estigmatizar y satanizar a su enemigo político-ideológico. Se toma como base de análisis el periódico costarricense *La Nación* y el programa televisivo *Todos Unidos*.*



Después de los acontecimientos del once de setiembre pasado en Estados Unidos, conviene echar un vistazo crítico a los medios masivos de comunicación y analizar las implicaciones sociales e ideológicas que se manejan poco tiempo después que se ha predicado el fin de la historia y de las ideologías y el avance imparable de la Globalización de la economía capitalista. Me interesan tres aspectos de esta cobertura noticiosa sobre un hecho del que ya nos tenían familiarizados las pantallas chica y grande: la realización de una ficción, la victimización del verdugo y la generalización de la guerra como nuevo totalitarismo ideológico. A partir de estos tres elementos podemos derivar algunas reflexiones sobre el papel de los intelectuales frente a esta platenarización de los conflictos.

Voy a tomar como base textual para mi lectura el programa **Todos Unidos**, transmitido por canal 7 el sábado 15 de setiembre en el espacio de **Sábado Gigante**, programa de audiencia millonaria en los países latinoamericanos y en el país del norte, y lo que el periódico costarricense **La Nación** (LN) ha noticiado desde el 12 al 22 del mismo mes, en particular los artículos de fondo de sus columnistas y colaboradores. Creo oportuno ofrecer una lectura de estos medios masivos, no sólo por el papel preponderante que tienen en la creación de opinión pública, sino también porque en ellos se mide el pulso ideológico de una nación que aboga por los valores civilistas y al mismo tiempo apoya e incita a una guerra cuyas consecuencias aún no sabemos.

En este contexto se pone en evidencia el espíritu maleable, vulnerable y acomodaticio de quienes dirigen nuestros países latinoamericanos: todos temen las represalias del padre del dólar y sin escrúpulo alguno ofrecen su incondicional apoyo para que Estados Unidos emprenda una guerra contra lo que se ha tipificado como el nuevo enemigo de la

Humanidad: el Terrorismo. Los despliegues y las coberturas de los acontecimientos, han servido para crear y difundir una euforia por la guerra, una exhortación al sacrificio y al derramamiento de sangre. Explícita y desvergonzadamente se justifica el genocidio: "Si algunos intelectuales no quieren arriesgar sus vidas en ese afán, que por lo menos no entorpezcan los sacrificios de los pueblos que sí están dispuestos a defender principios compartidos", exhorta Jaime Gutiérrez Góngora (LN, 25-9-01, p. 15A). Desmantelar los esquemas ideológicos que subyacen en quienes abogan por la eliminación del Otro es otra de las razones por las que conviene hacer este ejercicio de lectura crítica de los medios sobre la cobertura noticiosa del atentado a los símbolos del capitalismo y del poder político-militar de Estados Unidos.

1. De cómo la ficción se convierte en realidad. Lo que más ha sacudido a los periodistas y al público en general es la estrecha relación que los hechos guardaban con la ficción. Frente a los hechos reales y concretos la gente vaciló y sólo salió de esa incertidumbre cuando ya no vio salir de ningún lado al superhéroe que siempre aparece para evitar la catástrofe. Esta vacilación para aceptar la realidad se debe a que es tan fuerte el guión de infalibilidad, de superioridad y de invulnerabilidad que tenemos sobre Estados Unidos, que creemos imposible que lo ocurrido suceda en una nación que todo lo tiene resuelto y previsto en la pantalla. Esta visión de lo estadounidense ha sido creada y difundida por el cine de acción de Hollywood que ha ideado y creado todo tipo de situaciones problemáticas en las que se vería involucrada la nación del norte, pero que, gracias a la eficacia, intrepidez, ingenio y superioridad de los guardianes del orden, no sólo Estados Unidos, sino el Universo entero es puesto a salvo del malvado.

Otra razón por la que no admitíamos los hechos de Nueva York y de Washington es porque nos han acostumbrados a que el mal, el terrorismo, la violencia, los estallidos de bombas y la destrucción de edificios suceden en otros contornos, del otro lado de Occidente: las noticias y las películas se deleitan en focalizar este tipo de problemas en aquellas naciones que se oponen a los intereses norteamericanos. A donde quiera lleguen McDonald, Burger King y Pizza Hut de lo único que se habla es de progreso, de desarrollo y de globalización del bienestar, así nos esté llevando el Demonio. Como expresa Saúl Weisleder: "La gente estaba preparada para los secuestros de aviones, de buses escolares. Para ver explotar bombas y hasta desmoronarse edificios ante cargas enormes de coches-bombas... Ya casi nos acostumbrábamos a la imagen terrorífica de decenas de personas volando en pedazos en las calles de Tel Aviv o Jerusalén... Pero no para lo de Nueva York y el Pentágono" (LN, 22-9-01, p. 19A). El cambio de los escenarios desconcertó a todo mundo. La espectacularidad del atentado planetarizó la humillación del coloso. El guión cinematográfico se volvía realidad.

Por esta razón es que se advierte mucha inocencia en las palabras de Christopher Mora cuando expresa: "Tuve la desdicha de presenciar algo que jamás hubiera imaginado", refiriéndose al atentado (LN, 13-9-01, p. 17A). Similares han sido las palabras de Carlos Cortés: "jamás pensé contemplar una escena similar en la vida real", después de haber visto la versión original de El planeta de los simios (LN, 14-9-01, p. 15A). Creo que muchos se han acostumbrado ya a ver las cosas con mucha naturalidad y se han resignado a su perpetuación. La imaginación y la creatividad la revientan contra el racionalismo, el utilitarismo y el pragmatismo. Creo también que muchos se han acostumbrado a que sean otros los objetos de violencia y terrorismo. Tal vez con mucha rapidez se ha creído en el fin de la historia, en el fin de las ideologías y en lo irrefrenable de la Globalización económica.

Las escenas del 11 de setiembre lo primero que activan en los espectadores son los guiones cinematográficos a que los tienen acostumbrados los cineastas que no dejan de maximizar las hazañas de los héroes que salvarían al mundo: en esas tramas del celuloide todo es resuelto felizmente gracias a la aparición de poderosos guardianes y superhéroes que pulverizan cualquier intencionalidad del adversario, ridiculizado y sometido, sin misericordia alguna, a la más cruel de las muertes. Estos, seres lúcidos y expertos en toda clase de trucos, están allí segundos antes de que estalle la catástrofe final. Han estado del otro lado, dominan y conocen el mundo de los que operan en contra del bien. Son hábiles, astutos y resuelvelotodo. Sacan tiempo del tiempo y, antes de que colapsen los rascacielos, antes de que se produzca una víctima más, aparecen para darle una lección a los cobardes y siniestros malhechores. El espectador recobra el aliento y se va feliz a la casa.

Por más grande que sea el obstáculo, estos héroes ponen a salvo el mundo. La raza humana recupera la confianza en la vida y la seguridad: todavía existe un país con héroes que resuelven cualquier situación problemática, capaces de librarnos de cualquier eventual peligro. Al final ondea la bandera de rayas blancas y rojas colmada de estrellas. La modestia del héroe es enorme: con el beso de la amada se conforma. La enseñanza que dejan al espectador es doblemente transparente: a) nadie que atente contra el coloso del norte vive para contarlo y b) son dignos de imitar estos modelos de valentía, fidelidad, obediencia y servicio que han puesto en alto los más elevados valores patrios.

Nadie lo juzga por haber tomado la justicia en sus manos, por haber estado por encima de la ley. Nadie le echa en cara el número de víctimas ni las pérdidas materiales. Nadie lo acusa de ser intransigente o por dejarse llevar por corazonadas que pudieron poner en peligro el planeta. Todos terminan aceptando que actuó en legítima defensa y que expuso su vida en beneficio de todos. Mientras los suyos no creen en su causa, el único que se solidariza con él es el espectador que lo acompaña en todas sus peripecias. El orden se ha reestablecido y el héroe es restituido en su puesto tras devolverle sus insignias.

El espectador se levanta de la butaca creyendo que el mundo ha sido liberado del enemigo y que puede dirigirse a su casa con la seguridad de que allá afuera nada le va a pasar. El desengaño comienza cuando, al cruzar la calle, alguien le pone un cuchillo en el pescuezo y lo obliga a entregar su cartera, o cuando va a buscar el auto en el estacionamiento y encuentra el lugar vacío. El desespero y la inseguridad lo atrapan cuando descubre que por ningún lado aparece uno de los superhéroes exhibido en el celuloide y tiene que resignarse a vivir en un mundo donde existe un gran abismo entre la ficción y la realidad cotidiana.

El atentado de este once de setiembre pone de manifiesto varios aspectos que los de casa aún no creen: a) no todo está bajo control; b) no existe nación invulnerable y c) nadie está libre de ser objeto de amenaza. Todos somos falibles y mortales y los poderosos también lloran del mismo modo como ellos han hecho llorar al resto del mundo donde ellos se han entrometido como perro por su casa. La ficción desbordó el marco de la pantalla y se les hizo realidad en su propio patio. Aturdidos por la sorpresa con que operó el enemigo, han comenzado a recoger lo que han sembrado. Su violencia político-militar, económica e ideológica tradicional hacia el exterior ha comenzado a dar sus frutos en víctimas civiles que poco o nada tienen que ver con la política imperialista.

Acostumbrados a persuadir al mundo con escenarios apocalípticos, este día comenzaron su jornada con el horror en casa. Con trucos y efectos especiales buscan mostrar la fuerza

destruccion de sus inventos. Con el vencimiento de sus propios monstruos pretenden amedrentar al más endemoniado de sus adversarios. Lamentablemente para las víctimas inocentes, esos escenarios, esos trucos, esos monstruos y ese poder destructivo hoy se les han hecho palpables en sus propias narices. Acostumbrados a espeluznar y paralizar el corazón del mundo, no admiten que alguien les haya escrito un guión en el que los personajes y los escenarios no eran maquetas o reproducciones de los reales.

Amparados en la prepotencia de sus espectáculos fílmicos y acostumbrados a que las derrotas en el campo de guerra las resuelven ideológicamente en la pantalla, no admiten que la realidad haya entrado en la ficción y la ficción se haya hecho realidad. En su intento por hacernos creer que tienen el control de toda acción que suceda en cualquier parte del planeta, han apostado bases militares en los lugares más remotos. Aún así, el atentado de este setiembre ha puesto en evidencia que sus enemigos han aprovechado mejor las lecciones del cine que los estadounidenses las lecciones de la historia.

Sus ficciones nunca parten de la realidad que han propiciado, sino de lo que les puede pasar a ellos como abanderados de los valores que dicen son de toda la Humanidad. Como líderes de la democracia, la paz y la libertad que se creen, jamás admiten que sus acciones son todo lo contrario de lo que imaginan: no reconocen su actitud imperialista, guerrerrista y opresiva para el pueblo que los sufre. Viven la realidad como si fuera una ficción y en la ficción aparecen como los eternos amos de los sueños y las expectativas de los demás: invencibles en el celuloide, pero mortales en la realidad.)Cuestión de orgullo, simple cálculo pedagógico o mera alienación en sus juegos de guerra?

2. Victimización del verdugo. En el programa **Todos Unidos** que hemos citado al inicio, un congresista estadounidense de origen hispano declaró: "El pueblo americano ha sido un pueblo pacífico que no agrede a ningún pueblo, pero que ha sido agredido". Es probable que para este congresista "pacífico" signifique lo que para los romanos y los españoles cuando fueron imperios: someter a los rebeldes, reducirlos al orden, volverlos obedientes al poder del emperador o al del rey.)Qué entenderá este congresista por agresión? También es probable que este empleado del gobierno le dé a "agresión" el mismo sentido que las dictaduras y las democracias latinoamericanas le dan al término violencia: acción insurgente que agrede los intereses de los representantes del orden. En este sentido, lo que el ejército o los cuerpos de seguridad practican no es violencia sino legítima defensa, porque actúan amparados por la ley y tienen licencia para matar.

Basta con no tener memoria, hacerse de la vista gorda o ser un fanático para externar una opinión como la del congresista. Pone en evidencia que no existe mundo más allá de sus narices y que no hay más realidad que la suya. Nunca falta quien santifique y divinice a los dueños del garrote. Nunca falta quien declare justa la guerra que lleva a cabo el poderoso contra un enemigo satanizado: "erradicar totalmente el demonio del terrorismo", ha sentenciado Bush. Los medios masivos y los voceros de la Casa Blanca insisten de nuevo en presentar a su patrón como manso corderito, víctima de los feroces ataques de gente desalmada. Pero este tipo de discurso va más allá y convierte a la víctima en Salvador y Vengador de la raza humana. El ataque a uno solo es transformado en un ataque a todos "los pueblos libres, democráticos y civilizados" de Occidente: "Un ataque contra Estados Unidos es una ataque contra todos los seres humanos" o "Estos actos horribles suponen un ataque no sólo contra Estados Unidos, sino contra toda la humanidad y los valores y libertades que nos son comunes a todos". Bush no sólo enfrenta los retos de su país, "sino todo el mundo democrático y civilizado", los asesinatos masivos e indiscriminados de Nueva

York y Washington "nos concierne a todos", leemos en **La Nación** del 13 y del 22 de setiembre. Por más limpio, inocente y víctima que nos lo presenten los medios, afortunadamente la historia nos recuerda que Estados Unidos ha sido el país que más se ha entrometido en la vida de los pueblos que procuraron y procuran su autodeterminación.

Con esta construcción de Estados Unidos como la manifestación de todo lo humano, sucede lo que es frecuente con quienes detentan el poder en nuestros países latinoamericanos: si a uno de los gobernantes se le muere un pariente se declara luto nacional: el dolor de uno se vende como el dolor de toda la nación. Si un terrorista amenaza al Presidente, se le hace sentir a cada ciudadano que su vida también peligrará. Si a un alto dignatario le son violentados sus derechos fundamentales (cosa que no es usual), de inmediato los medios masivos propalan que el agredido ha sido el país entero. Los intereses de una sola persona o de un solo país se presentan como si fueran los intereses de todas las personas y de todos los países. Los medios masivos nos presentan a Estados Unidos como la encarnación de toda la Humanidad doliente, con la que hay que solidarizarse y hacer causa común contra los enemigos que él mismo se ha comprado.

Esta imagen de humillado y ofendido que venden los medios masivos sobre Estados Unidos (recuérdese la expresión "gigante de rodillas" que publicitó Canal 7) es idéntica a la que hace poco vendían sobre Pinochet: de ser un poderoso, autoritario y despótico animal mientras tiranizaba a su país, pasa a ser, primero un tierno abuelo que se exhibía en la iglesia con su nieto, después un viejito desvalido e impotente que tres guardaespaldas conducían en una silla de ruedas, mientras él parecía perderse en la nostalgia de su propia memoria y, finalmente, alguien fuera de sí, incapaz de distinguir entre el bien y el mal, víctima de su propia inocencia. Durante el juicio de que fue objeto por sus crímenes, los medios masivos nos vendieron esa imagen de abuelo convaleciente que en lugar de castigo merecía ayuda, conmiseración y perdón. En lugar de verdugo, los medios nos pedían que lo tratáramos como víctima y a sus acusadores, que pedían justicia, nos lo hacían ver como victimarios crueles e insensibles al pretender que se juzgara a un abuelo tierno, devoto e inocente. Si antes de eso lo expresaban a viva voz, con todo este respaldo y legitimación que le dio la prensa, sus simpatizantes se lanzaron a la calle a decirle al mundo que la dictadura de Pinochet salvó a Chile del peor enemigo de la Humanidad: el Comunismo.

3. El Terrorismo ideológico. Ya no es el Comunismo el enemigo número uno de la democracia occidental. El nuevo chivo expiatorio que tiene en zozobra, en angustia y temor al mundo es el Terrorismo. Ese temor que experimentan allá en el norte quieren que nosotros también lo encarnemos. Para eso utilizan varias estrategias: a) es declarado enemigo de la Humanidad y no sólo de Estados Unidos; b) se amenaza a los países de ser objetos de represalias político-económicas (Bush ha sentenciado: "Cada nación, en cada región, tiene una decisión que tomar. O están con nosotros o están con los terroristas. A partir de este día, cada nación que siga protegiendo o apoyando el terrorismo será vista por Estados Unidos como un régimen hostil" (LN, 22-9-01, p. 16A), y c) se explotan hasta la saciedad las escenas y los reportajes lacrimosos y sensacionalistas sobre las víctimas del siniestro con tal de asaltar la sensibilidad y lograr el apoyo sentimental y moral de los espectadores del planeta.

Jamás se dice ni se ha dicho que la causa que más muerte ha sembrado y sigue sembrando en el mundo es el capitalismo. Jamás reconocerán esto quienes se han autoadjudicado la defensa de la paz, la democracia y la libertad en Occidente: nunca se autoculparán por la emergencia de los grupos insurgentes y de los terroristas en el

mundo. Sólo muy pocas voces han hablado del "efecto del bumerang" o del "cría cuervos". Como dijo Carlos Cortés: "el terrorismo es la bomba atómica de los pobres" (LN 20-9-01, p. 15A)². El resto de las voces han entonado el mismo son orquestado por las agencias internacionales de noticias, en procura de crear una opinión pública planetaria que legitime y justifique una guerra con la que Estados Unidos eliminaría los supuestos últimos obstáculos armados que todavía encuentran las fuerzas expansivas de la Globalización económica, como supone complacidamente Vargas Llosa en su texto "La lucha final" (LN, 16-9-01, pp. 14A y 18A).

Cuando se suponía que ya no había ninguna razón por la que hacer la guerra, cuando se suponía que la globalización era un éxito con el triunfo del capitalismo, los fabricantes de armas no quieren quedarse con las bodegas llenas y no sólo se disponen a hacerla ellos solos, sino que exhortan al mundo entero a entrar en guerra contra el Terrorismo, entendido como ataque militar contra los intereses políticos, económicos y militares de Estados Unidos. Y como el enemigo actúa en la sombra, es difuso y está extendido por todo el mundo, "los gobiernos del mundo libre, democrático y civilizado", van a tener que armarse para esta guerra sin cuartel.

Si con el fin de la Guerra Fría uno esperaba que el presupuesto destinado antes para la guerra, nuestros países lo utilizaran ahora para resolver problemas de primera necesidad, nos vamos a tener que desilusionar de nuevo, porque nos han programado una guerra y el que no entre en ella será objeto de sospecha por parte del que inyecta dólares a nuestras raquíticas economías. Hemos arribado a la Guerra Gris u Oscura que promete, no sólo ser muy larga, sino también global: "desde el 11 de setiembre pasado el temor de la guerra y del terrorismo está globalizado. El segundo alimenta el primero y tememos que el primero estimule al segundo" (LN, 21-9-01, p. 17A).

Pero mucho ojo ante estos tambores de guerra: si usted piensa como las agencias internacionales de noticias y sigue paso a paso a los fanáticos de la guerra, entonces usted es un patriota, un ser decente, libre, democrático y civilizado. Pero si usted no apoya esta iniciativa estadounidense puede ser acusado de soliviantador, calienta cabeza y practicante de terrorista, además de ser calificado como un ser salvaje, fanático, perverso, maligno, fundamentalista, oscurantista y radical, dominado por complejos de inferioridad o de superioridad, en definitiva, usted sería un ser incivilizado.

Cuando un atentado de la naturaleza del ocurrido el once de setiembre pasado se da en cualquier país del Tercer Mundo no hay emisiones especiales, no hay tanto despliegue masivo de medios, no hay tanta retórica de guerra para cobrar venganza por tan flagrante hecho. La incitación a la guerra con que Estados Unidos invita a todos los países es y debe ser reconocido y condenado como un acto de terrorismo ideológico: Estados Unidos quiere que todos los pueblos "civilizados y democráticos" del planeta hagan causa común contra los sospechosos que hieren los intereses norteamericanos. La potencia del norte desea enfilear a todos los países por la senda de la muerte. Arturo Valenzuela, experto en terrorismo invitado por el programa Todos Unidos señalaba: "Esta no es una guerra sólo de Estados Unidos, sino de todo el mundo contra el terrorismo". Y Alberto Milian, experto militar invitado por el mismo programa añadía: "tenemos que ir a la guerra como un acto de necesidad". Ingentemente yo pensaba que existían otras necesidades básicas y fundamentales que satisfacer, así como la vida, la salud, la alimentación, el vestido, el techo, la educación, la paz, la justicia, la alegría y la esperanza. Responda el lector, ¿acto de necesidad de qué es la guerra? ¿Inversión de valores y necesidades?

En estas declaraciones, el Terrorismo es visto como un mal ajeno, extraño y foráneo, nunca como algo propio, familiar e interno: según estos publicistas de la guerra, terroristas son los otros, nosotros somos los defensores del universo y actuamos en legítima defensa y con licencia para matar. El Terrorismo tiene rostro, nombre y apellido. Se ubica en países donde Estados Unidos tiene sobrados intereses. Como para esta nación del norte ninguno de sus hijos es terrorista, entonces ese mal hay que extirparlo en otra parte del mundo, fuera de sus fronteras. Por este motivo la guerra es exportada e impuesta a otros pueblos. Mientras Estados Unidos tiene más de 140 años de no tener una guerra al interior de su territorio, gran parte de los pueblos del Tercer Mundo no termina de salir de ella.

Pasma la frialdad, la inocencia y el fanatismo con que estos expertos hablan de una guerra en la que quieren ver involucrado a todo el mundo. Al igual que los hispanos son utilizados por el ejército del norte como carne de cañón, estos líderes de la información-espectáculo quieren que el mundo se mate contra los terroristas para liberar a Estados Unidos del miedo y la zozobra en que vive³. Más que por solidaridad, ha sido por temor que la mayoría de los pueblos del mundo se ha solidarizado con el Gigante con Botas de siete leguas: todos temen las represalias económicas que el Papá del Dólar asuma contra quienes se queden al margen, nadie quiere ser tratado con hostilidad, todos temen que el papá de los tomates los deje sin la inyección necesaria de dólar con que empujar la barca hacia el puerto de la privatización, paso decisivo hacia la planificada globalización económica.



Es probable que nadie se haya preguntado: qué pasaría si Estados Unidos llegara a perder esta guerra o qué pasaría si Estados Unidos extermina, no sólo a los terroristas, sino también a los inocentes. La respuesta a estas preguntas son más que obvias: todos los países adeptos y adictos a la guerra se convertirían en enemigos de los sospechosos del Terrorismo, y todos los países que acuerpen al guerrero del norte serían cómplices del genocidio por apoyar a un fanático de la Guerra contra los fanáticos del Terrorismo. Y no crean que nosotros seríamos inocentes ante estos acontecimientos: nos convertiríamos en fanáticos del dolor y de la muerte al dar apoyo y azuzar para que otros hagan la guerra-espectáculo con la que nos divertiríamos en nuestros hogares como sucedió con la pasada Guerra del Golfo Pérsico⁴.

La gran preocupación de quienes participaron en el programa que estoy citando es "¿Cómo regresamos a la normalidad?". Se nota a leguas el individualismo, la insensibilidad y la apatía de estos seres (que declaraban "tenemos la sensibilidad de todo ser humano") por lo que sucede en otras partes del mundo. Se nota que no conocen más realidad que la de sus espectáculos y que para nada les importa lo que pasa en Pakistán, en Palestina, en Afganistán. ¿Cuándo les ha interesado a esta gente cómo volverán a la normalidad países como El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Colombia, Chile, Perú, Argentina, por mencionar algunos? ¿Qué han hecho estos ejecutivos de la información-espectáculo porque la

normalidad vuelva a estas partes del mundo donde el secuestro, la guerra y la muerte son el pan cotidiano?)Les interesa el clima de zozobra e incertidumbre que viven quienes apenas están en un presente boqueando como peces en la arena por un poco más de aire?

Pareciera que la respuesta de estas eminentes personas del panel montado por Don Francisco fue la del congresista: "Debemos contribuir al esfuerzo de la guerra con bonos de guerra como en la Segunda Guerra Mundial". Pareciera que el mundo no sólo es exhortado a darles sangre, sino también, bajo amenaza, tiene que ayudarles a financiar su guerra. Se aprovechan estos espacios de audiencia multinacional para hacer este tipo de exhortaciones como si todo el planeta pensara como el 94% por ciento de los estadounidenses que respaldan a Bush en esta Guerra.)Serán ciertos esos números? Creo que las palabras más cuerdas en ese panel las dijo Gloria Stefan: "Hoy estamos sintiendo el horror que muchas otras personas experimentan todos los días". Aún así, esto no es consuelo para nadie. Esto no le devuelve la normalidad a un mundo donde lo normal es matarse y devorarse el uno al otro, porque ha sido envuelto y arrasado por el Terrorismo ideológico propagado en vivo y a todo color por los medios masivos pagados por el dólar o aliados a él.

4. Cómo se ha pintado el mundo. Pese a los afanes de la globalización por integrar el mundo, ha predominado en esta cobertura y en la explicación de los acontecimientos una visión dualista y maniquea. No sólo se ha repetido hasta la saciedad lo consabido, sino que se han resucitado todos los fantasmas verbales e ideológicos con que Occidente ha estigmatizado a sus enemigos. Los mismos esquemas de representación que se tenían para estigmatizar el Marxismo-Comunismo-Leninismo se han transferido hacia el Terrorismo. Nada nuevo hay bajo el sol para estos creativos de la información masiva. Para poder vender sus descabelladas ideas recurren a aquellos ganchos, clichés o guiones que ellos se han encargado de sobrevivir en la memoria colectiva. Al despertar estos fantasmas tienen asegurado el respaldo de la guerra que promocionan como el banquete más espléndido de donde sacarán todas las noticias para vender periódicos y ganar audiencias: cuanto más periódicos en las manos de los lectores y cuanto más televisores encendidos se venderá más publicidad, se promocionarán más productos⁵.

Vamos a reordenar, para recordarle al lector, algunos de los estereotipos canonizados por los medios masivos de comunicación en Occidente. Considero que tres son los ejes alrededor de los cuales se nuclea la visión que Occidente ha creado sobre los otros, visión que subyace agazapada en la memoria colectiva, produciendo cada día más frutos, y que ninguna política económica globalizada ha podido ni podrá erradicar de las mentes humanas. Al satanizar a los terroristas se ven obligados a infernalizar la geografía: se considera a Pakistán, no sólo como un "reino sombrío y tenebroso", sino también como "escenario de sangrientos enfrentamientos religiosos entre musulmanes... [y] es uno de los primeros productores mundiales de heroína con Afganistán y Birmania" (LN, 17-9-01, p. 23A). Además de terroristas son narcotraficantes. Nos daremos cuenta que en este despliegue verbal vacío no hay otra intención que crear una cortina de humo que esconda el fondo de toda esta guerra. Nos dan a conocer al enemigo de los intereses estadounidenses por el lado oscuro.

a) El eje central del cual se desprenden otros es el que agrupa a las **sociedades civilizadas, libres y democráticas** de Occidente frente a las **sociedades bárbaras, despóticas y represivas** de Oriente. Este primer eje está constituido por una serie de parejas de opuestos, fáciles de encontrar en cualquier noticia sobre la cobertura que aquí analizamos: cultura / incultura; cuerdos / locos-dementes; creyentes mesurados / fanáticos;

amantes de la vida / suicidas y terroristas; luz / tinieblas; orden / caos. En su discurso, Bush señaló que se iba a librar la guerra entre el Bien y el Mal. Las sociedades occidentales representarían todos los valores positivos y las otras sociedades los negativos (ver LN, 16-9-01, p. 15A y LN, 17-9-01, p. 23A).

De las sociedades del otro lado se resaltan las atrocidades, los actos inhumanos, las muestras de salvajismo y los actos bárbaros contra mujeres, niños y ancianos. En algunos casos el pueblo aparece como víctima de líderes fanáticos, déspotas y satánicos según los medios y los intelectuales del orden: "Hay una guerra declarada, no a Estados Unidos, sino al conjunto de las sociedades democráticas y libres del mundo, y no hacerle frente, con inteligencia y resolución, es correr el riesgo de un desplome de la civilización en nuevas orgías de salvajismo como la que acaba de enseñarse contra el pueblo norteamericano", apunta con mucha devoción Vargas Llosa, que no admite que se satanice a Estados Unidos, pero sí a la otra parte (LN, 16-9-01, p. 14A).

b) Un segundo eje lo constituye el binomio **fuerzas del bien** constituidas por soldado, militar civilizado, cuerdo, con causa y proyecto políticos, con licencia para matar en legítima defensa, frente a las **fuerzas del mal** compuestas por terrorista, fanático, radical, fundamentalista, indecente, narcotraficante, incivilizado, sin causa legítima y sin proyecto ideológico ni político, razón por la que no tiene una justificación para matar y puede, por tanto, ser considerado un asesino-criminal, enemigo número uno de la Humanidad. En definitiva, un ser sacrificable. Mientras los occidentales son los portadores de los valores sagrados de la democracia, la libertad y la paz, los otros son portadores de "la perversidad demoníaca contra todo sentido humano... Nada más temible que la inteligencia en función del mal" (LN 14-9-01, p. 17A).

c) Un tercer y último eje que posee también derivaciones secundarias es el constituido por los términos **progreso-desarrollo-bienestar** frente a **atraso-pobreza-miseria**. Las escenas que se presentan del mundo del Otro buscan activar en el lector-espectador los guiones de explotación, analfabetismo y falta de espíritu emprendedor tanto de los líderes verdugos como de la gente víctima. Estos escenarios contrastan con los de niños, mujeres y ancianos robustos, saludables y alegres que se visualizan en las fotografías y en las tomas. Pero no sólo el elemento humano es utilizado para descalificar-calificar, sino también la arquitectura, las edificaciones, las casas, las construcciones, los campamentos, las calles, ausencia-presencia de parques de diversiones, centros de recreación, teatros, museos. Gran parte de las fotografías periodísticas y de las imágenes televisivas muestran a un mundo sin vida comercial, cuyas calles no están llenas de transeúntes, sino de soldados y de niños armados, de gente tirada en el suelo y momentos espectaculares del estallido de una bomba o del incendio de un edificio o del maltrato de un corresponsal de la prensa por parte de terroristas o de guerrilleros con el rostro cubierto. "Se nota a leguas que allí no ha llegado la Globalización", se dice el espectador ingenuo.

En estos tres ejes se puede ver la versión parcial que tienen los medios y el propósito de crear-formar y adherir una opinión a favor de Estados Unidos y de la Globalización y en contra de los aliados al Terrorismo, enemigo número uno de las pretensiones planetarias de la economía capitalista. También puede descubrirse cómo se obvia lo que está pasando del otro lado, el temor por las consecuencias de una invasión estadounidense a un país empobrecido y desgastado por la guerra interna y fronteriza. Para el caso del atentado de Nueva York y de Washington, los medios se han concentrado, primero en el dolor, en las expectativas y en las esperanzas de que hubieran sobrevivientes, después en el conteo de

los muertos y, finalmente, en recoger y reconstruir historias y testimonios dramáticos de quienes sobrevivieron, de quienes fungieron como socorristas o de quienes simplemente fueron espectadores de una tragedia que no ha sido mayor que la de Hiroshima y Nagasaki.

5. Por dónde viene el asunto. La tragedia de Estados Unidos se deriva de su pésima política exterior, de haber puesto siempre todos los millones a disposición de guerras que han conducido a la construcción de un mundo injusto. Si el lector averigua, esta nación ha orquestado, financiado y apoyado guerras donde quiera que se levantaba alguien estigmatizado como enemigo de los intereses norteamericanos. Mientras unos pocos magnates se dan el lujo de amasar billones de dólares, existen millones de seres humanos que mueren de hambre y en la más completa miseria. Mientras una audiencia planetaria se enteró cómo eran arrasadas las Torres del Centro Mundial de Comercio, millones de pobres ven cómo los soldados que le hacen la guerra al mal les arrebatan diariamente las pocas pertenencias con que sobreviven y todo pasa desapercibido y directamente al olvido. El ojo de las cámaras nos está vendiendo opio, nos está ignorando y nos está vaciando de nuestra memoria histórica para sustituirla por baratijas ficticias, paraísos imposibles para quienes no tenemos qué ahorrar, qué invertir, qué vender, porque ni esta alma que ha vivido tantos infiernos la quiere el Diablo.

Quienes se autodesignaron defensores de la democracia, la paz y la libertad en Occidente, no practican una política exterior justa y humana. Si lucharan por democratizar y globalizar el bienestar de modo que velaran porque no hubiera en el mundo una sola persona que no tuviera satisfecha sus necesidades básicas y que todo mundo tuvieran su pedazo de felicidad como se tiene aire. Si estuvieran empeñados en practicar la justicia con todos los países. Si en lugar de gastar billones de dólares en erradicar a su enemigo político-ideológico los utilizaran en erradicar la pobreza, la injusticia y toda forma de discriminación, otro gallo les cantaría. Como expresó Jorge Murillo: "los abusos de las potencias también pueden generar respuestas apabullantes" (LN 14-9-01, p. 17A).

Pero la reacción al atentado no ha sido un cambio de actitud en esa política exterior, sino un reforzar las debilidades militares y un disponer de más millones de dólares para armarse hasta los dientes y demostrarle al mundo que nadie los humilla en su propia casa. El orgullo y la soberbia bélica los convierte en lo mismo que pretenden erradicar. Suponen que una guerra anunciada y declarada posee estatuto de civilizada. Plantean que el otro es el que debe dejar de ser fanático y terrorista, salvaje e incivilizado. Cree esta nación del norte que por estar preparado y por invocar los ordenamientos constitucionales y jurídicos y los tratados internacionales, su guerra está legitimada.

Declaraba el conductor de **Primer Impacto** en el programa de Don Francisco que los terroristas de ahora no son como los de antes: "No sólo son locos y dementes. Son personas muy inteligentes y disciplinadas". Y ante la preocupación de una inteligencia en función del mal, se preguntaba Julio Rodríguez: "¿Cuál debe ser nuestra respuesta? El uso de la inteligencia, como el terrorismo, pero para el bien, esto es, la inteligencia al servicio de la edificación de la decencia para salvar, por dos vías paralelas, lo que nos queda: la vida y la dignidad" (LN 14-9-01, p. 17A). Haga el lector el análisis de estas palabras de ambos periodistas y sacará una serie de los fantasmas que hemos señalado arriba. Con esta guerra abierta y sin cuartel contra el Terrorismo, Estados Unidos sólo busca borrar la sonrisa de quienes tibiamente expresaron sus condolencias al papá de los tomates, sino también y en definitiva, busca construir el texto triunfal para mostrarle a sus nietos que quien ríe de último, ríe mejor. No se pueden privar de esa guerra porque lo que tendría para mostrarle a sus

futuras generaciones sería el texto de la humillación y eso rompería con su histórica tradición épico-heroica y ejemplarizante que exhibe en su cine.

Por eso seguirán creando Rambos y Terminator, comandos Cobra y Fuerza Delta, Defensores del Universo y Superamigos. Seguirán al pie de la letra su Destino Manifiesto. Seguirán inventando cucos para espantar a los niños que no son como sus niños. Seguirán creyendo que son una nación justa, pacífica y democrática, que vela por la paz y la libertad del mundo. Mientras sigan creyendo eso seguirán siendo el enemigo número uno de la Humanidad. Mientras los demás tengamos que seguir sus directrices políticas y económicas seguirán siendo la nación más despótica del planeta. Mientras los demás pueblos se mueran de hambre y ustedes tengan sus veinte estómagos rebosantes, seguirán siendo la nación más insensible del mundo. Mientras todos tengamos que esperar qué sueños sueñan ustedes para nosotros soñarlos, qué se dice allá para poderlo repetir acá sin temor a ser perseguido por lo que se piensa y se escribe, seguirán siendo los seres más castrantes y castradores de conciencias que jamás hayan existido.

Una nación acostumbrada a planificarle la vida a las demás, una nación acostumbrada a ver que otros siguen sus proyectos políticos y económicos, una nación que ha practicado una pedagogía sanguinaria de ajusticiamiento, hoy se resiste a creer que una guerra les estalle en sus propias manos, en sus propias narices, en su propia casa. No estaban preparados para empezar a cosechar lo que habían sembrado.

Es de humanos condenar el terrorismo donde quiera que éste se dé y bajo la forma en que se presente: obligar a pueblos pobres a salir de sus tierras, abandonar sus sembrados, deambular hacia lo incierto también es Terrorismo. Es de humanos protestar para que haya vida, libertad, justicia, democracia y paz verdaderas. Pero también es de humanos condenar la prepotencia, la actitud colonialista que ha tenido el imperio del norte hacia los demás pueblos del mundo. Descaradamente le ha chupado la sangre a muchos pueblos y ahora, en un acto de desespero, solicita que el mundo le done más sangre para salvar a quienes han vivido por los pueblos despojados, a quienes han disfrutado lo que les ha hecho falta a los niños que murieron de hambre, a quienes tienen mejores condiciones de vida que los pueblos que sobreviven en la miseria. Verdugo y derramador de sangre toda la vida, hoy solicita sin ninguna vergüenza que nos desangremos para seguirle dando vida a su monstruoso apetito.

Con un cerebro herrumbrado y deshistorizado alguien ha escrito: "Este 11 de setiembre se compara con el día de Pearl Harbor, otro ataque sorpresivo y sin provocación" (LN 14-9-01, p. 16A). Pregúntese el lector qué entenderá el autor por provocación. El lector debe saber también qué pasó en Pearl Harbor y cuál fue la reacción de Estados Unidos. No sólo este colaborador ha perdido la memoria, sino también la nación del norte que no recuerda las víctimas que ha dejado a su paso con tal de sembrar la bandera del capitalismo encima de los cadáveres de sus adversarios politicoideológicos. Los medios masivos se ensañan en presentar al agresor como agredido y a las víctimas como agresoras. Mientras que se diviniza al guerrero exterminador del mal, se sataniza a quienes han respondido con una violencia similar a la utilizada por los occidentales en la definición de las pasadas guerras. Dejamos al lector que haga su lectura sobre qué se entiende por terrorismo, cuándo se aplica el término apropiada o inapropiadamente, quién es inocente y quien criminal, cuándo se es agresor y agredido o cuándo cómo se llega-lleva a una provocación. El lector también se puede hacer las preguntas que considere oportunas, cuestionar todo cuanto se ha dicho aquí, hacer su propia lectura.

6. Dónde quedaron los intelectuales? Tímido ha sido el pronunciamiento de quienes uno cree más conscientes de la problemática del mundo. Silencio ha sido la tónica de quienes temen perder la bendición del sistema que los ha envuelto. Vacilantes han sido las respuestas de quienes aún no saben si enfriarse o calentarse. Los pesos y los dólares han tenido mucho que ver en la actitud que han asumido los intelectuales en el mundo: plegados y adheridos a la opinión construida por los medios masivos, o han sonreído maléficamente, o han asentido ante el alud de información, o se han resignado a esta siniestra normalidad. Los medios han posicionado en la mente de sus consumidores la idea de que sólo queda un camino: ser consumidores de lo que otros producen y conformarse con ser aceptados y asumidos por los tentáculos de la Globalización económica. Frente a esto, ¿qué han dicho los seres pensantes de este mundo?

Pareciera que ahora son asesores presidenciales y escriben los discursos de condolencias que los mandatarios del continente expresan al gobierno de la Casa Blanca. Cantar fuera del charco y no desentonar con la partitura que el maestro de ceremonia ejecuta es prueba inequívoca de que falta en nuestras palabras un compromiso ético que nos conecte con el mundo que le hemos dado la espalda. Hace falta despertar del sueño de felicidad, prosperidad y armonía que nos ofrece la Globalización. Hace falta volver a ser sensibles para erradicar nuestro calculado pensamiento y volver nuestro corazón hacia quienes sólo han conocido una vida de sobresaltos, penurias y humillaciones. Hace falta que descreamos de lo escrito en el catecismo de los dueños del capital y que oigamos la voz sangrante de quienes han sido olvidados por el progreso, el desarrollo y la globalización del bienestar. En lugar de abogar por la mundialización del terror, deberíamos acuerpar la causa de un mundo más humano en el que el bienestar y la alegría estén al alcance de todos los sueños, de todos los idiomas, en todas las mesas, en todos los hogares, en todos los rostros, en todas las geografías.

A veces llegamos a parecernos a grandes empresarios, a grandes gerentes y bolsinistas, a grandes dueños de compañías de aviación y de empresas hoteleras: por un día que dejan de percibir millones ya se ven al borde de la ruina. Pareciera que nos hemos acostumbrado a la retórica de panza llena, corazón contento, y seguimos reproduciendo el sentir de quienes sólo piensan en las pérdidas económicas derivadas del atentado terrorista. Tal vez por eso ha dicho Carlos Cortés que el terrorismo es la bomba atómica de los pobres: los pobres que capital custodian. Pero quienes están dentro de la lógica del capital sólo focalizan la pérdida de los millones: qué les importa a ellos las vidas humanas. Sólo hablan de los muertos para que otros nos conmovamos y nos solidaricemos con ellos. Les interesa más ganar-obtener y tener-atesorar que el amar, practicar justicia, hacer causa común con los desvalidos: estas inversiones no producen dinero, el tiempo invertido no genera beneficios. El ser humano, el ser persona ha quedado sepultado bajo los escombros de la ambición y la avaricia.

El hecho de que seamos pueblos y personas dependientes política y económicamente no quiere decir que tengamos que serlo intelectual e ideológicamente. A menos que queramos, por cálculo, por conveniencia, por falta de esfuerzo mental, ser reproductores y multiplicadores de lo que vende el amo en las vitrinas del mercado. A menos que pretendamos que el imperio consuma nuestras eyaculaciones mentales propiciadas por las descargas eléctricas de los juegos eróticos que circulan por la red. A menos que todavía no nos hayamos dado cuenta de que la historia aún está viva y que es posible tener sueños y utopías distintos de los que venden los medios masivos. Cuando no nos dé vergüenza de ser locos y soñadores, cuando creamos que la vida vale la pena vivirla sí y sólo sí los seres humanos humillados y ofendidos por la miseria y el hambre lleguen a experimentar el sabor de la libertad, de la paz y de la justicia alrededor de una mesa nutritiva. Cuando

construyamos y llegue ese día, veremos que ha valido la pena disentir y estar del lado del que sufre estas guerras escalonadas que la Globalización económica del capitalismo nos ha impuesto.

Los medios masivos saben que el terror, la sangre y la muerte venden audiencia y periódicos. Por eso construyen el clima de guerra, gestan el proceso y después nos la transmiten con una serenidad pasmosa. Luego, cuando los muertos comienzan a aparecer, henchidos de lágrimas, compungidos de dolor, desangrados de sensibilidad, nos exhortan a condenarla invocando los más elevados y sublimes valores. Pero ya el dolor y la muerte no llaman a la solidaridad a todos ni para todos del mismo modo⁶. Los periodistas no están en el lugar de los hechos porque les interesa el dolor humano, sino porque quieren la primicia, la exclusividad, la primera plana, su premio a la mejor fotografía, a la mejor toma, al mejor reportaje: quieren ser héroes a costa del dolor y la sangre de otros. Ellos poseen una piel de quelonios. Les gusta actuar como cirujanos de tragedias. Se complacen en narrar y hacer preguntas estúpidas a las madres que han perdido a sus hijos carbonizados: con el fuego de sus cámaras los terminan de tostar. Mientras tanto, quienes estamos de este otro lado de los acontecimientos: frente a la pantalla consumimos una y otra vez, en cámara rápida y en cámara lenta, para no olvidar que estuvimos en exclusiva y a todo color desde el lugar de los acontecimientos; o compramos el periódico para complacernos en la lectura y hallar en cada palabra la mueca sugestiva y deleitosa del dolor ajeno.



Nos hemos dejado espantar por los preludios y las amenazas de guerra. Nos hemos dejado envolver por la incertidumbre de quienes todo lo arreglan con el dólar. Nos hemos dejado morder por el mal de rabia del perro sediento de sangre. El antídoto no es sumarnos a la guerra para demostrar que somos fieles, obedientes y serviles al imperio. El antídoto no es escoger el camino más fácil ante la encrucijada de estar con él o en contra de él en que nos ha puesto el coloso del norte. La vida no es la disyuntiva entre la luz o las tinieblas, entre el bien o el mal, entre Dios o Satán. La vida es la asimilación e integración de todos esos contrarios, es el concierto de todas esas oposiciones, es la manifestación de la totalidad y la pluralidad en el uno múltiple que somos. Todos estamos hechos de todos. Todas las culturas están tejidas a partir de todas las culturas existentes. También en todas las mesas debería correr la misma abundancia, el mismo bienestar, la misma salud, la misma seguridad como corre el aire bajo este mismo Planeta, casa única que compartimos todos.

Tengamos un poco de vergüenza y ejerzamos nuestro derecho a disentir ante el concierto armonioso montado por los creadores de opinión nacional e internacional. Utilicemos nuestra inteligencia para idear y crear la posibilidad de tener un punto de vista distinto al construido por los fanáticos de la guerra. Rompamos la membrana tejida por los que median entre lo que sucede y lo que nosotros vemos de lo que sucede. Cortemos con ojo crítico esta masa de información y desmantulemos los mecanismos utilizados por los medios y dejemos de sentirnos culpables, responsables y comprometidos a responder a una guerra que no nos pertenece. Consumamos crítica y autocríticamente todo cuanto venga de dentro y de fuera de nuestras fronteras. Dejo al lector la tarea de cuestionar mis propios esquemas mentales, de poner en evidencia mi locura.

NOTAS

1 Poeta, cuentista y tallerista literario. Profesor en [a Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional. Autor de: Las sombras de la noche (1983), La máquina de los recuerdos (1993 y 1995), Los rituales del poder (1997), Sombras de antes (1998), Guía de razonamiento verbal (2000 y 2001) Y Las cenizas del sentido (2001).

2 Laureano Ferro Yero, después de condenar el terrorismo, señaló: "Pero su miopía política [de Estados Unidos] no les permite ver que los verdaderos culpables del terrorismo son los gobiernos imperiales que promueven y estimulan esta práctica en el mundo" (LN 169-01, p. 30A).

3 El congresista invitado al programa de Don Francisco apuntaba: "Nadie en este país ama más a Estados Unidos que la comunidad hispana. Nadie pone más soldados al ejército de Estados Unidos que la comunidad hispana". Este mismo congresista, junto con un gobernador y un abogado se ofrecieron a hacer una propuesta para otorgarle "visa humanitaria" a todos aquellos que quisieran venir de otros países a engrosar las filas del ejército norteamericano para enfrentar el Terrorismo.

4 Al igual que durante la Guerra del Golfo Pérsico, plantea Yalena de la Cruz, con la tragedia de Nueva York y de Washington "Estuvimos de nuevo en primera fila, de la mano de la televisión, siguiendo los inimaginables y trágicos sucesos" (LN 22-9-01, p. 17 A).

5 Con inocencia, sin ningún comentario adicional, ha señalado un periodista: "La tragedia acapara la atención del público y quien se descuida se queda sin periódico, pese a los grandes tirajes de las ediciones especiales de The New York Times, el The New York Post y el The Wall Street Journal" (LN 26-9-01, p. 26A).

6 No es lo mismo ser víctima en un país del Tercer Mundo que en Nueva York, como no es igual ser pobre allá que acá. Tampoco es lo mismo dos millones de dólares que ocupaba El Salvador para salir de su tragedia por el terremoto pasado, y que nadie se los prestó siquiera, que los 40 millones de dólares que dispuso el gobierno de Estados Unidos para su nueva Guerra Gris. De estas cosas no hablan ni se duelen los periodistas cuando expresan: "La solidaridad es tanta que los bancos de sangre rechazan donantes desde el miércoles, pues sus reservas estaban repletas a 36 horas de la tragedia" (LN, 16-9-01, p. 26A). "Nueva York... ha mostrado, tras la tragedia, despilfarro en solidaridad y consuelo" (LN, 22-9-01, p. 17 A).